



● Elizabeth Subercaseaux entrega en su primera novela, a través de una aparente simplicidad temática, el mágico encanto de la vida... allá en el sur de Chile.
C. V. M.



Una novela para leer de punta a cabo. Sin respirar. Y de principio a fin en tiempo récord; es decir, sin despegar los ojos del papel. Para todo esto, un solo requisito: como decía Shakespeare, tiene que haber magia.

Junto la película que con maestría maneja la periodista y escritora chilena Elizabeth Subercaseaux, que justamente ha debutado en esto de la novela durante el verano, con la magia de "El canto de la raíz lejana".

En cinco minutos o en diez páginas, usted ya está respirando la atmósfera que lleva indolentemente a Gertrudis Márquez o a Isabel Allende. Sólo que aquí la frase corta invita a recordar a Camus. De fondo, la creación de un pueblo: Tapihue, y la fuerza mitad humana y mitad divina de su gentío: Salustio. No lo dice, pero es allí, en el sur...

Cuando volvió a su casa, y le contó a Charlo que estaba vivo, que la muerte no se la había llevado, que había encontrado el lugar para Tapihue, que le habló un quetzalcoatl, la mujer le miró con tristeza y en la parte más honda de sus ojos se apagó una luz. Salustio no se dio cuenta y le habló como se movían los pines, del agua del estero silencioso. Le contó que en el bajo había matas de mariposa y rubios con quetzales llenos de diálogos.

—Vámonos a vivir en un pueblo. Vámonos a dejar la tristeza de este monte que se nos está metiendo en la cara, dejándonos los ojos como los ojos de los locos. Más redondos, más vacíos y más fijos.

Para la misma autora, la novela interpreta, en casi todas sus partes, la tremenda soledad y el abandono en que vivieron los hombres y mujeres de este fin de siglo. Una novela donde el mundo de la vida y de la muerte se entrecruzan; y no es posible a ciencia cierta saber dónde termina uno y dónde comienza el otro.

A veces la prosa toca el filo de la poesía. Su imaginación es poderosa, y más personajes de montes solitarios en

EL CANTO DE LA RAÍZ LEJANA



alguna medida definen a seres de carne y hueso, que en la lectura uno va identificando con quienes personalmente alguna vez ha conocido. Es la vitalidad de Zorba entremetida con los pueblos blancos a los que cantó Serrat, en donde por todos ni siquiera pasó la guerra. El paisaje de la locura de Enedina es magnífico.

—Entré a la casa de Enedina sin golpear y la vi. Estaba sentada en la cama con la vista perdida, habiéndoles a sus manos que movía haciendo caracoles en el aire.

—Cinco crecetas todas parchadas, cinco pollitos cañillanos, cinco vides, cinco muertitos, cinco curas con cinco cruces en cinco misas con menos de cinco cruces en cinco jueros infantiles, cinco minutos así eternos, que cinco

diones ordenaron después de los últimos cinco días, a las primeras cinco mujeres casadas con cinco hombres malditos, con más de cinco chiquillos, todos mueros, amarillos, con cinco voces diferentes...

Seguía, seguía. Todo era de a cinco. —Enedina —le dijo Salustio—, sacúdtele por los hombres. Deja de hablar. Escúchame Enedina. Soy yo, Salustio.

Fue inútil. La mujer continuaba moviendo las manos frente a los ojos perdidos, hablando de todo suerte de cosas, todas de a cinco, mientras los seis chiquillos la miraron sin moverse, apilados en un rincón de la pieza, mudos y asustados.

—Se volvió loca —dijo Salustio— y salió corriendo a buscar al cura.

En "El canto de la raíz lejana" usted se topará con un campo chileno de distinto acento al construido por el ya conocido trato que le impone el escritor criollo. No es solamente el paisaje, sino la humanización de ese paisaje, a través de personajes, como decíamos "Gardenapíquinos". Un relato que recorre una profunda filosofía de vida. Será difícil evitar a Salustio, Clarisa, José, Vinco, Enedina, Filica, Gilberto, o el cura Francisco, a quien un día Salustio sorprende hablando solo.

—Los muertos que no vuelven son los que no quieren vivir la última noche de su vida. Los que lo hacen es porque la última noche fue una noche blanca. La muerte se los llevó dorados y regresan para vivir la otra mañana. Los muertos llegan al potrero y se sorprenden, y miran hacia los lagos, y se tocan las manos, y buscan la tetera, y preguntan. ¿Dónde está mi cama? Nadie les contesta porque nadie está. Caminan buscando curas parecidos a otras curas y a veces se encuentran con muertos de esos que no quieren regresar, y éstos les piden que vuelvan para traer curados. También hay muertos que despiertan en sus camas y eligen quedarse un rato para ver cómo los miran los vivos. No sienten pena ni angustia. No sienten nada. Recuerdan, eso sí, y les hablan a los vivos que están mirándolos, pero los vivos no escuchan sus palabras... Entre la vida y la muerte hay una tela de araña tejida por dedos desconocidos... Sólo algunos muertos pueden traspasarla. Ir y volver... Cuando los siglos terminen habrá terminado todo. La tela se romperá y el mundo se irá volando vacío, pasará por otros caminos cantando el canto de la raíz lejana y se perderá para siempre en un poco sin fondo que se encuentra en el extremo lejano de los sueños. "Está loco", pensó Salustio.

Tal vez. Pero qué Tapihue, como Elizabeth Subercaseaux es magia. Shakasperiata. La única capaz de reflejar del efímero éxodo, prefiriendo casarse con la trascendencia de tiempo y espacio. Leyéndola, tal vez, usted también aprenda a cantar a la vida. (11)

El canto de la raíz lejana [artículo] C. V. M.

Libros y documentos

AUTORÍA

C. V. M

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El canto de la raíz lejana [artículo] C. V. M.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile